

## LA CRITICA MARXISTA DEL ANARQUISMO (\*)

Por: RAMON GARCIA COTARELO  
Universidad Nacional de Educación a Distancia

A fin de examinar la crítica marxista al anarquismo preciso es comenzar haciendo algún tipo de selección en cuanto a los terrenos en que tal crítica se articula. Como quiera que el marxismo y el anarquismo, por razón de sus orígenes y a causa de sus fines últimos, han venido evolucionando en proximidad mutua en los últimos 130 años, tanto en la teoría como en la práctica, la primera selección será la que se refiera a una u otra de ambas vertientes. El que aquí se considerará con más detenimiento será el aspecto teórico debido a que la polémica en él entablada presenta el interés mayor para el pensamiento contemporáneo, en tanto que los enfrentamientos en el terreno práctico, en especial las cuestiones organizativas, tienen, si acaso, interés para el historiador del movimiento obrero. En otras palabras, no nos ocuparemos en este artículo de las polémicas personales u organizativas entre marxistas y anarquistas; no nos interesa dirimir la cuestión, por otro lado ya suficientemente tediosa, de si Bakunin y sus aliados, con sus misterios revolucionarios ultraizquierdistas, estaban destruyendo la eficacia del movimiento obrero, o de si Marx y los socialistas autoritarios realmente recurrían a manipulaciones antidemocráticas para hacer triunfar sus ideales estatistas. Este combate de personas con su intercambio de alusiones e insultos puede servir todavía como recurso para justificar posiciones adquiridas, pero no presenta mayor interés desde el punto de vista que aquí nos ocupa. La lucha aparece resumida, además, con admirable objetividad en las palabras de Ansel-

---

(\*) Trabajo realizado con el apoyo económico de la fundación Juan March, de España. Mis colegas, José M.<sup>a</sup> Lasso y Bernardo Fernández han leído el manuscrito y hecho observaciones y críticas valiosas, que he procurado tener en cuenta. Al agradecerélas recabo también su comprensión para cuando vean que, a pesar de todo, mantengo pérfidamente algunos de mis errores, de los que soy único responsable.

mo Lorenzo, presente en la reunión de la AIT del 17 al 23 de septiembre de 1871: «Si es verdad lo que Marx ha dicho de Bakunin, el último es un granuja; si no lo es, el granuja es el primero; no hay término medio; tal es la gravedad de las acusaciones que he escuchado» (1).

A estas alturas, la conclusión de Anselmo Lorenzo sigue siendo válida y el enfrentamiento en el terreno personal ha alcanzado ya cotas muy considerables de liturgia. Por ello, y por razón del interés, conviene limitar el examen a los problemas teóricos, para lo cual se procederá a dividir la crítica marxista al anarquismo en dos apartados: a) crítica marxista a la teorías e ideas anarquistas; b) razones sociológicas que ofrecen los marxistas para explicar la existencia de un movimiento obrero anarquista. Por último cerrarán el examen unas consideraciones breves en las que se pretende evaluar la importancia y validez específicas de estas críticas, en especial a la luz de las evoluciones más recientes.

A título de introducción general a la actitud marxista frente a los problemas teóricos del anarquismo se ha de recordar que, para los marxistas, la conciencia anarquista es una forma imperfecta o insatisfactoria de conciencia. Esto es, igual que, para Hegel, la conciencia ha de superar el estadio de la certidumbre sensible —estadio de conciencia ilusa y empobrecida— a fin de alcanzar las zonas más complejas del conocimiento absoluto, también para los marxistas la conciencia proletaria ha de trascender un estadio infantil de certidumbre sensible con el fin de alcanzar la condición de conciencia socialista del proletariado revolucionario. Este estadio de la certidumbre sensible, apegada a la realidad inmediata, en el cual la conciencia es incapaz de formular crítica alguna o de revelar los aspectos negativos por debajo de la superficie real se manifiesta, según los marxistas, en una práctica desordenada e individualista, como la de los ludditas, y en una teoría disparatada y utópica, como la del pensamiento anarquista. El carácter esencial de este pensamiento pueril para los marxistas, es su naturaleza fragmentaria y, en consecuencia, abstracta. Los marxistas acusan a los anarquistas de una falta de coherencia y de método. Como un puro balbuceo infantil de rechazo indiscriminado, el anarquismo carece de la flexibilidad necesaria para constituirse en teoría y, a causa de ello, está en falta de un elemento imprescindible en la génesis de una dialéctica revolucionaria entre la teoría y la praxis. Algunos marxistas radicalizan esta crítica hasta el extremo de condenar al anarquismo como una serie inconexa de proposiciones aisladas carentes de toda vinculación lógica. Por ejemplo, Gramsci dice: «¿Existe realmente una doctrina anarquista? Lo único que hay es un conjunto de aforismos, supuestos generales, afirmaciones perentorias al que los anarquistas llaman su “doctrina” y el método seguido por los anarquistas consiste en desarrollar su acción aceptando empíricamente todas las

---

(1) Cfr. Anselmo Lorenzo, *El Proletariado Militante*, Madrid 1969.

críticas del sistema que pueden provocar un estado de disatisfacción y angustia psicológica y sobre éstos basan sus afirmaciones, sus aforismos y sus sentencias. Los anarquistas carecen de una concepción orgánica del mundo y de la historia: ven los efectos, los fenómenos evidentes, pero no ven las causas, no la continuidad del proceso histórico que aparece como un signo de todos esos efectos y fenómenos» (2). Implícita en esta crítica, y ello es trágico al tratarse de Gramsci, se halla la acusación de que los anarquistas no son accesibles a las soluciones de compromiso. El anarquismo viene a ser, en esta concepción, una especie de sabiduría popular, primitiva y heterogénea que, por mera ignorancia del «proceso histórico», ni siquiera entiende las responsabilidades de acción que incumben al conocimiento no superficial. Parece cierto que, para los anarquistas, la exigencia de sistematicidad presenta perfiles conservadores.

Esta falta de respeto por lo sistemático y, subsidiariamente, científico, es lo que da al anarquismo su carácter abstracto, aislado de las condiciones revolucionarias. En último término, el pensamiento anarquista, para los marxistas, no es otra cosa que una letanía de lamentos idealistas. Lenin es categórico cuando, en 1901, escribe: «El anarquismo, a lo largo de los 35 a 40 años (...) de su existencia (...) no ha producido otra cosa que vaciedades comunes en contra de la explotación. Estas ideas han sido moneda corriente durante más de 2.000 años. Lo que falta en el anarquismo es: a) un análisis de las causas de la explotación; b) un análisis de cómo la evolución de la sociedad lleva hacia el socialismo; c) un análisis de la lucha de clases como la fuerza creadora en la realización del socialismo» (3). Según se ve, por tanto, para Lenin los mayores defectos del anarquismo son: de un lado ser genérico y ambiguo y, de otro, no parecerse más al marxismo. La abstracción y la incoherencia de que le acusan parece obligar al anarquismo a convertirse en lo que los marxistas llaman un aliado objetivo del pensamiento burgués. Una alianza objetiva es aquella en que, sin proponérselo explícitamente, por razón de sus postulados, dos o más fuerzas políticas de aparente signo contrario acaban sirviendo al mismo amo y golpeando al mismo siervo. Desde el punto de vista teórico, para los marxistas, el anarquismo es, en parte, una reducción al absurdo del pensamiento liberal, desde el punto de vista práctico, siempre según el marxismo, el anarquismo es una exasperación del insurreccionismo burgués, en régimen de provocación recurrente al movimiento paulatino y creciente de las masas proletarias.

Cuatro son los temas específicos en los que los marxistas concentran sus críticas al anarquismo: a) la polémica de la personalidad frente a la clase o la

---

(2) Antonio Gramsci, «Socialisti e anarchici», en *Scritti Politici*, Editori Riuniti, Roma 1967, pág. 237.

(3) Vladimir Ilich Lenin, «Anarchism and Socialism», en *Selected Works*, vol. III, pág. 327.

masa; b) la polémica de la revolución social frente a la revolución política; c) la polémica acerca de la organización política del proletariado; y d) la polémica de la abolición frente a la extinción del Estado. A continuación se examinan estos temas algo más detalladamente:

a) En lo relativo a la polémica de la personalidad frente a la clase o la masa, es cierto que los anarquistas son individualistas. El anarquismo no sólo desconoce la división marxista en varias clases sociales, limitándose a una dicotomía de carácter general entre «opresores» y «oprimidos» sino que, hasta cuando se autodenomina «anarquismo colectivista», continúa postulando la importancia esencial del individuo como elemento básico del proceso emancipador, mientras que el concepto de colectivismo se refiere a la organización social post-revolucionaria, en la cual su función es superar los obstáculos para la práctica de una forma de vida esencialmente individualista. En este sentido, son los individuos, ilustrados acerca de su condición real, los que, en todo caso, deciden unir sus fuerzas en tarea común que, poniendo fin a una situación inhumana, abra la posibilidad de una vida individual satisfactoria. Lo que los anarquistas niegan es la función generativa de la conciencia colectiva o de clase con respecto a la individual. Stalin fue uno de los primeros que puso de manifiesto esta diferencia, cuando escribía en 1906: «La base del anarquismo es la personalidad, cuya liberación es la condición previa esencial para la liberación de la masa, de la colectividad (...) La base del marxismo, por el contrario es la masa, cuya liberación es condición previa esencial para la liberación del individuo» (4). Esta incapacidad de los anarquistas, según los marxistas, de comprender la importancia de la conciencia y los intereses de clase en la articulación de la conciencia individual habrá de aparecer en otros aspectos del pensamiento anarquista.

b) En lo relativo a la revolución social o política, para los anarquistas es claro que, al estar el individuo por encima de los condicionantes colectivos y de clase, el proceso revolucionario es únicamente posible en la esfera social, es decir, a título de insurrección social de carácter espontáneo en la que participan los individuos como tales, quienes por voluntad propia, reconocen una situación común y deciden actuar en consecuencia; el proceso revolucionario auténtico, por el contrario, no es posible en la esfera política en la que los individuos quedan relegados a un plano secundario, a favor de las voluntades de las organizaciones y las instituciones políticas que son las actuantes reales. Los marxistas acusan a los anarquistas de ignorar la importancia de esta esfera política de actuación, tanto más vital cuanto que la sociedad, queramos o no, está organizada de modo político. Esta acusación lleva también implícita la observación de

---

(4) Josév Stalin, «Anarchismus oder Sozialismus», en *Kursbuch*, núm. 19, Suhrkamp, Frankfurt, 1969, págs. 58-59.

que los anarquistas, al despreciar este campo político, reducen toda actividad revolucionaria a levantamientos apocalípticos desesperados, condenados al fracaso por carecer de plan, programa o dirección. Para los marxistas la dimensión política del hombre es, como para los anarquistas, dimensión condenable, puesto que traiciona al estado lamentable de una sociedad dividida en clases en la que no existe el ideal de fraternidad humana. La diferencia reside, sin embargo, en que, para los marxistas, lo político es aceptable a título de mal menor, convencidos como están, de la necesidad de combatir la política con medios políticos. Frente a esta actitud razonable, piensan los marxistas, los anarquistas toman la lucha política en su dimensión más abstracta y exageran la importancia de la revolución social, cometiendo el error de no entregar al César lo que es del César.

c) El tema de la revolución social aparece relacionado con el de la organización del proletariado en partidos políticos. Para los marxistas los partidos políticos son grupos de vanguardia de las clases sociales, lo cual aún los hace más condenables desde un punto de vista anarquista, es decir, porque son organizaciones políticas y porque son organizaciones de clase. Los anarquistas rechazan el principio de organización revolucionaria estructurada y disciplinada, razonando que, en último término, todas estas organizaciones acaban reproduciendo la jerarquía autoritaria del propio sistema al que pretenden combatir. La única organización aceptable para los anarquistas es la asociación libre de individuos con un carácter apolítico y no jerárquico, carente de estructuras representativas, sistema de delegación, etc. Por este motivo, los marxistas acusan a los anarquistas de destruir la eficacia revolucionaria del proletariado y de dejarlo inerme frente a sus enemigos de clase, puesto que aquellas organizaciones son pura entelequia inoperante. Al rechazar toda disciplina con excepción de la aceptada libremente por el individuo autónomo, razonan los marxistas, los anarquistas viven en un mundo ilusorio, desconociendo la disciplina y la necesidad impuestas a los trabajadores por su vida cotidiana y su actividad productiva. Los anarquistas cultivan la mitología del individuo «autónomo» en una sociedad condicionada económicamente y el resultado práctico de tal mitología es destruir las posibilidades que tiene el proletariado de agruparse, en función de la primacía de lo colectivo, a fin de oponer un frente de clase a la burguesía en los terrenos político, económico y social. Los marxistas ya creían haber resuelto la cuestión de la necesidad de la lucha política del proletariado a través de partidos políticos en la IX resolución de la Conferencia Internacional de la Asociación Internacional de trabajadores de 17-23 de septiembre de 1871: «Considerando que contra el poder colectivo de las clases dominantes, el proletariado no puede reaccionar como clase a no ser que constituya su propio partido político, opuesto a todos los viejos partidos políticos de las clases dominantes; que la constitución de un

partido político del proletariado es esencial a fin de asegurar el triunfo de la revolución social y su aspiración suprema: la abolición de las clases (...) La Conferencia recuerda a todos los miembros de la Internacional que, en el movimiento obrero, la acción económica no se puede separar de la acción política» (5).

La pugna entre marxistas y anarquistas se hizo manifiesta cuando esta resolución destruyó las muy escasas esperanzas de conciliación en el seno de la Internacional. Los seguidores de Bakunin organizaron otro congreso en Sonvillier, acelerando con ello el proceso de desintegración de la Internacional que daba la impresión por entonces de encontrarse bajo dominio de una alianza de marxistas y blanquistas.

d) El último punto de divergencia teórica entre marxistas y anarquistas, y el más importante, está relacionado con la cuestión del Estado. Según los marxistas, al considerar el Estado como un absoluto abstracto, cuya abolición es requisito previo de todo proceso emancipador los anarquistas olvidan que este Estado no es más que la excrecencia de las relaciones enfrentadas de clase y que en su condición de símbolo y resultado, tan sólo puede desaparecer una vez que las relaciones sociales han cambiado radicalmente. Y, en este caso, el Estado no se «abole» mediante un acto de voluntad sino que se va extinguiendo lentamente, al ir desapareciendo las funciones que cumplía. En relación con este problema, los marxistas gustan de citar a Engels: «El primer acto por el cual el Estado aparece como representante real de toda la sociedad —la apropiación de los medios de producción en nombre de la sociedad— es, al mismo tiempo, su último acto autónomo como Estado. La intervención del poder de Estado en las relaciones sociales va haciéndose innecesaria poco a poco y el Estado va desapareciendo por sí mismo... El Estado no se puede abolir, sino que se extingue» (6). Este pronóstico marxista, que lleva implícita una crítica de la impaciencia revolucionaria es, precisamente, lo que los anarquistas ponen en duda. El anarquismo sostiene la teoría de que el Estado, como organización política formal, tiene su vida propia, y sus funciones no son delegadas, sino presupuestas. Esta teoría del Estado en calidad de abstracción o alienación, tampoco es ajena al marxismo, como se comprueba en la crítica primera que Marx hace a la Filosofía hegeliana del Derecho y también en la crítica que, años más tarde hace al programa socialdemócrata de unificación de Gotha de 1875. Por éste y otros motivos de índole práctica resulta a los marxistas tan difícil dar una respuesta contundente a las críticas anarquistas acerca del tema. De modo poco convincente los marxistas admiten la necesidad de un «Estado revolucionario» esforzándose en señalar su

---

(5) Amaro del Rosal, *Los Congresos Obreros Internacionales en el siglo XX*, Grijalbo, México 1958, págs. 215-216.

(6) Friedrich Engels, *Anti-Dühring*, Deutsche Neuausgabe, Berlín 1949, págs. 347-348.

carácter transitorio con el fin de eludir la tacha anarquista de que la formulación contiene una contradicción en los términos. Las acusaciones anarquistas arrieron cuando los socialdemócratas alemanes dieron con el enunciado infeliz del «Estado del pueblo» y ello es de lo que se queja Engels en la famosa carta a Bebel de 18-28 de marzo de 1875. Básicamente los anarquistas razonan que, al postular un «Estado revolucionario» de transición, los marxistas, en el mejor de los casos, se engañan de buena fe y en el peor de los casos, están intentando engañar a los demás; ya que admitir que un Estado proceda a desaparecer por voluntad propia equivale a ignorar la dinámica y las peculiaridades de las instituciones políticas represivas. En último término, los marxistas sólo quieren substituir una dominación por otra. Con el fin de hacer frente a esta crítica Marx había escrito en la *Miseria de la Filosofía*: «En el curso de su evolución la clase obrera substituirá la vieja sociedad civil por una asociación que excluirá las clases y su antagonismo y ya no habrá más poder político propiamente dicho, desde el momento en que el poder político es precisamente la expresión oficial del antagonismo en la sociedad civil» (7). Este es el *locus classicus* de la teoría marxista de la extinción del Estado, en el que se habla de asociación y no de ninguna organización política. Posteriormente, los marxistas apuntarían a la Comuna de París como ejemplo de un Estado obrero del que, como recuerda Engels en la carta a Bebel citada, no se puede decir que fuera un Estado. Como formulación de principio, ésta es aceptable para los anarquistas; lo que ya no lo es, es la teoría montada sobre estas bases, de la necesidad de una dictadura del proletariado como «Estado transitorio de la revolución». Para los anarquistas, la dictadura del proletariado es dictadura, no es proletaria y, mucho menos, transitoria. Desde el punto de vista de los marxistas, sin embargo, esta última desconfianza anarquista es inadmisibile, puesto que ya no apunta a consideraciones teóricas, sino que pone en duda la integridad ética del marxismo. La necesidad de un Estado transitorio que afiance y defienda las conquistas de la revolución frente a los enemigos de clase y que, al propio tiempo, dirija la construcción del socialismo aparece para los marxistas como algo incuestionable; cumplidas tales funciones, el Estado comienza a dejar de serlo. Al cuestionar la transitoriedad del Estado transitorio los anarquistas ponen en entredicho la honestidad de los marxistas, desconfiando de sus intenciones finales y, así, según los marxistas, se asimilan a los enemigos del socialismo.

Tales son las críticas principales que el marxismo dirige al anarquismo. Estas críticas no cambiaron fundamentalmente cuando el anarquismo produjo aquella variante algo más política que se llamó el anarcosindicalismo. Si acaso,

---

(7) Karl Marx, *The Poverty of Philosophy*, International Publishers, Nueva York 1971, pág. 174.

los marxistas pusieron más de manifiesto la impaciencia revolucionaria y el populismo romántico.

A partir de estas críticas teóricas, los marxistas creen poder deducir ciertas consecuencias prácticas de importancia para la estrategia del movimiento obrero. Para los marxistas, la crítica de la teoría incluye, a su vez, la crítica de la ideología que, para ellos, se encuentra claramente presente en el anarquismo. La actitud ideológica, que implica un grado elevado de abstracción, superficialidad, precipitación, idealización, romanticismo y aventurerismo, representa, siempre según los marxistas, el substrato teórico del anarquismo, siendo este carácter ideológico, el que oculta a los anarquistas el conocimiento real de las causas y consecuencia de su acción social. Las consecuencias objetivas de la acción social de los anarquistas convierte a éstos en aliados de la burguesía y obstáculo para la emancipación real de la clase obrera. Engels, por ejemplo, en *Los Bakuninistas en acción*, tras condenar en general las actividades de los anarquistas en España, añadía: «Las proclamas ultrarrevolucionarias de los anarquistas acabaron, bien en una clara huida o en rebeliones sin esperanza, bien en alguna alianza con un partido burgués, que explotaba a los obreros y los trataba como animales» (8). Esta distinción entre la dimensión subjetiva de la ideología y la vertiente objetiva de la acción social, que tan peligrosa puede resultar por el hecho de presentarse a todo tipo de interpretaciones de carácter más o menos arbitrario ya había sido señalada, en cierto modo, por Marx unos 20 años antes, durante el primer ataque serio del marxismo al anarquismo. En la *Miseria de la Filosofía*, tras poner de manifiesto la insuficiencia de las concepciones proudhonianas en materia de economía y filosofía, Marx critica las consecuencias personales de estas concepciones en Proudhon, en quien no ve aún un anarquista, sino, más bien, un socialista utópico: «Resumiendo, Proudhon no ha ido más allá del ideal pequeño burgués. Y, a fin de realizar este ideal no se le ocurre nada mejor que hacernos retroceder hasta el oficial del gremio o el maestro artesano de la Edad Media» (9).

Las últimas observaciones de Marx y, en general, el contexto de la crítica marxista de la ideología en el anarquismo nos lleva a la consideración del segundo aspecto, que se anunciaba al comienzo del artículo, el aspecto de las explicaciones sociológicas ofrecidas por el marxismo acerca de la existencia de un movimiento obrero anarquista. Estas explicaciones, en realidad, no son puramente sociológicas, sino, diríamos, psicosociológicas. Los marxistas vinculan el individualismo anarquista con un rasgo caracteriológico que creen poder encon-

---

(8) Friedrich Engels, «Die Bakunisten an der Arbeit», en Marx/Engels III, *Studienausgabe, Geschichte und Politik*, I. Fischer, Frankfurt 1966, pág. 172.

(9) Karl Marx, Op. cit. pág. 144.

trar en dos clases diferentes: la pequeña burguesía y el campesinado. Debido a su posición específica en el proceso de producción, estas dos clases muestran tendencias individualistas que explican la influencia que sobre ellas ejercen las ideas anarquistas relativas al valor del individuo, el rechazo del principio de representación, etc. Con recurso a esto, los marxistas explican la expansión del bakuninismo en la región suiza del Jura (Federación del Jura) debido al predominio en la zona de una masa de artesanos relojeros, que constituía su base económica y social. Los artesanos, acostumbrados a una forma de vida con independencia aparente, y cuya intervención en el proceso de producción abarcaba a la totalidad del mismo resultaban, sin embargo, alienados de su trabajo por cuanto éste era compulsivo y extraño, tanto en sus orígenes como en sus resultados y, al propio tiempo, carecían del sentido de solidaridad y dependencia mutua que caracteriza a los trabajadores industriales. Estos, al especializarse en la realización de una parte del producto, intuyen que la totalidad del mismo únicamente puede ser el resultado de los esfuerzos complementarios y la labor solidaria de todos ellos. De aquí que el obrero industrial participe de esa «conciencia de clase» que parece faltar al artesano. Por otro lado, el campesino, cuya relación con el proceso de producción viene a ser similar a la del artesano desde el punto de vista material o ideal, también muestra una ideología de independencia y autonomía individual ajena a la realidad y cercana al anarquismo. En este caso, no obstante, la explicación sociológica del anarquismo tropieza con algunos problemas, habida cuenta de que no son solamente los pequeños propietarios rurales los que muestran tendencias de una «ideología» anarquista, sino, especialmente los jornaleros, los campesinos sin tierra, en especial los que habitan en sociedades tradicionales en las que predomina un sistema latifundista (10). En relación con este problema particular, los marxistas suelen dejar de lado los factores socioeconómicos y hacen referencia, preferentemente a los puramente ideológicos, poniendo de manifiesto el hambre secular de tierra de los jornaleros agrícolas, y sus esperanzas de redención repentina y semimística lo cual explicaría los rasgos milenarios de sus rebeliones.

Esta tesis del carácter ideológico de los movimientos de artesanos y campesinos ha sido muy útil a los marxistas a fin de explicar otro hecho con ellos relacionado: la difusión del anarquismo entre las masas proletarias en los primeros momentos de la industrialización. Los ejemplos clásicos de esta tendencia son el movimiento anarquista de la región catalana a comienzos del siglo XX y el surgimiento de los Industrial Workers of the World (IWW) en los EE.UU. antes de la primera guerra mundial. A efectos de dar una explicación satisfacto-

---

(10) Cfr. en relación con el problema, especialmente, Gerald Brenan, *The Spanish Labyrinth*, Cambridge V. P., Nueva York 1969 y Eric Hobsbaw, *Primitive Rebels*.

ria de estos hechos que no son reducibles directamente a la teoría del mundo ilusorio de los campesinos y los artesanos, los marxistas señalan al proceso de industrialización. Tal proceso destruye la producción artesana y extrae, al propio tiempo, la mano de obra de los campos, empleando a todos, artesanos arruinados y campesinos desarraigados, en las fábricas. Pero este proletariado nuevo, siendo proletariado objetivamente aún no acepta los hechos, y opera subjetivamente con las categorías de la vida del campesino-artesano. Así, pues, la primera generación proletaria continúa siendo anarquista por una especie de nostalgia ideológica. Es necesario esperar hasta que la segunda generación ocupe su puesto a fin de contar con una clase obrera sin esperanzas en el pasado y, por tanto, provista de una conciencia puramente obrera, socialista y revolucionaria.

La evaluación de estas críticas marxistas del anarquismo puede servir a modo de conclusión de este artículo. En la evaluación —y recritica— habremos de referirnos tan sólo a los 4 aspectos teóricos de la primera mitad, por considerar que las explicaciones sociopsicológicas de la segunda mitad si bien sirven para ilustrar un cierto método de pensamiento y una forma de interpretar los datos, tienen escaso valor a los efectos de la propia teoría. En realidad, a las justificaciones de tipo psicosociológico, como a los pulpos, se les puede dar la vuelta poniendo lo de fuera para dentro y lo de dentro para fuera. En la Edad Media ya se discutió bastante acerca de si somos buenos porque Dios nos quiere o si Dios nos quiere porque somos buenos. Si existe un modo de explicar de forma psicosociológica la aparición del anarquismo, también lo existe de explicar la del marxismo, salvo que se considere a este último por encima de los avatares sociales, como una ciencia pura, lo que quebrantaría sus propios supuestos. Por lo demás, la explicación psicosocial que los marxistas ofrecen del anarquismo no es más satisfactoria que la que los anarquistas puedan hacer de la del marxismo. Y tampoco es muy acertada: se basa en una delimitación semántica peculiar acerca de qué es anarquismo y deja muchas de sus manifestaciones por explicar.

Por último, en lo relativo a la evaluación de las críticas teóricas marxistas al anarquismo, se ha de considerar por separado cada una de ellas. De antemano cabe señalar sin embargo, que, a nuestro juicio, estas críticas adolecen de un defecto que, en gran medida, las invalida: el de formularse en unos términos ficticios cuya función reside en obscurecer los reales. Estos han de ir a buscarse a una esfera distinta, que no está explícita, pero subyace en las críticas. En efecto, a diferencia de los anarquistas, los marxistas recaban para sí un privilegio epistemológico. Al criticar al anarquismo, por tanto, los marxistas presentan como razonamiento lo que es un puro ejercicio. El marxismo es epistemológicamente superior, de donde se sigue que la crítica al anarquismo se configura siempre como un metalenguaje que da a los marxistas en todo momento la certidumbre de mantener la subjetividad a salvo de toda posible imbricación en el objeto.

Para evaluar las críticas, por tanto, es necesario ir a la esfera subyacente y plantear en ella su contradicción.

a) Acerca del individualismo colectivo, la crítica marxista comienza por ser injusta en el terreno táctico, ya que los anarquistas no niegan los estados colectivos de pensamiento, los fenómenos de masas, etc. Por el contrario, mucho antes de los delirios solipsistas de Stimer, Bakunin insistía en que la revolución social tenía que ser obra de las masas que «están siempre dispuestas a los sacrificios; (las masas) constituyen una fuerza tanto más brutal, salvaje, capaz de proezas y de alcanzar objetivos aparentemente imposibles, cuanto que, por no poseer casi nada, o nada de nada, no están pervertidas por el instinto de propiedad» (11). La importancia de los factores colectivos para muchos anarquistas es tan grande que, como en el caso de Kropotkin, llegan a afirmar que la solidaridad entre los individuos de todas las especies, incluido el hombre, es un instinto natural, superior a los imperativos de la lucha por la existencia (12). Es más, todo lo que la especie humana haya podido progresar desde el pasado, se debe a la práctica de la ayuda mutua (13). La dialéctica entre el individuo y la colectividad que los anarquistas admiten es la de la identificación: la comunidad, a través de la propaganda revolucionaria, reconoce como propio el destino del individuo heroico e inicia el proceso de su emancipación. Este «centinela solitario» para quien el «acto es uno con la idea» (14) es el único que puede poner en marcha tal proceso. Lo que los anarquistas niegan es la influencia configurante de una «conciencia colectiva» sobre la individual y, en especial, que tales «conciencias» surjan determinadas por ciertas condiciones sociales. De existir esas «conciencias» únicamente serían un obstáculo en el camino de la emancipación.

Lo cierto es que, mientras no sepamos nada más concreto acerca de esto, resulta imposible postular un orden de prioridad en el proceso de emancipación (si es el hombre el que libera al grupo o el grupo el que libera al hombre). Así planteado el problema, seguramente, conduce a un reducción dialéctica infinita. No obstante, el marxismo plantea la crítica al anarquismo desde un privilegio epistemológico anterior: la certidumbre de la prioridad de lo colectivo. El marxismo «sabe» que la emancipación de la masa es anterior y condición de la del individuo y lo «sabe» porque el marxismo es, ya en sí, esa misma emancipación. La crítica marxista al anarquismo en este aspecto, por tanto, se elabora como un metalenguaje: el marxista, esto es, el poseedor del marxismo, argumenta por encima de la cabeza del anarquista, le comprende y pretende que vea su miseria;

---

(11) Miguel Bakunin, *Etatisme et anarchie*, E. J. Brill, Leiden 1967, pág. 223.

(12) Peter Kropotkin, *Revolutionary Pamphlets*, Dover Publications, Nueva York 1970, pág. 95.

(13) Id. pág. 139.

(14) Id. pág. 39.

por otro lado, sin embargo, el marxista queda a salvo frente a la posible consideración de verosimilitud del argumento adverso. Dicho sea de paso, en este caso concreto, el afirmar la primacía de lo colectivo sobre lo individual, permite al marxista seguir siendo socialmente aceptable sin declinar su convicción interna.

b) La distinción entre la revolución social y la revolución política es confusa, pero es confusa en ambos sentidos, tanto si se favorece la una como la otra. En este caso, los marxistas parten del privilegio epistemológico a título de certidumbre científica. La sociedad obedece a leyes que son científicamente observables y enunciables. El marxismo facilita el acceso a este conocimiento; quien no lo comparta no puede sino andar a ciegas, como un salvaje en un medio hostil. De nuevo el marxismo formula su crítica en un metalenguaje porque «sabe» de antemano que el anarquismo no posee la clave de la ciencia de la sociedad. Cuando ambos hablan de «revolución social», es claro que no entienden lo mismo. La diferencia está en que el marxista cree entender lo que entiende el anarquista. Hasta aquí, el razonamiento sería aceptable, concediendo una presunción de competencia al marxismo; el problema se complica, sin embargo, por el hecho de que no existe una ciencia de la política. Admitiendo el carácter esencial de lo político, el marxismo no puede hacer más que lo que hacen otros modos de comprender: decretar las leyes de la política en función del interés y la voluntad. En este sentido, la crítica marxista aparece como desleal: se niega a admitir la viabilidad del rechazo anarquista de la política pero, por otro lado, no demuestra por qué, siendo la política mero reflejo de lo social, toda revolución social haya de comenzar siendo política. El privilegio epistemológico obra aquí como reserva de certidumbre a posteriori. Lo político no es dominio autónomo; de ahí que todo fenómeno político sea siempre tranquilizadoramente explicable *post festum*.

c) El tema relativo a los partidos y las organizaciones políticas tiene un carácter táctico puesto que, como se ha dicho, los anarquistas no rechazan todo tipo de organización, sino solamente las disciplinas y jerárquicas. Ante la crítica de que abandonan al proletariado inerme a manos de sus enemigos de clase organizados los anarquistas contestan que las propias organizaciones revolucionarias, si son jerárquicas, ya son burguesas y el proletariado aparece traicionado de antemano: por quienes aseguran ir a redimirlo. Tal respuesta, sin embargo, es pólvora perdida, porque no puede alcanzar la esfera del metalenguaje de los marxistas. Estos hacían una crítica condescendiente; la contestación no les incumbe, puesto que, por razón del privilegio epistemológico, los marxistas se mueven en un orden doble superior de verdad, como los adolescentes que, en el teatro isabelino, interpretaban papeles de mujer en los que, a veces, tenían que «disfrazarse» de hombres. Es claro que este «disfraz» era condescendiente. Así, la contracritica anarquista es irrelevante. Los marxistas se «disfrazan» de jerarquía,

disciplina, fervor, obediencia, etc. porque así lo exige la trama de la obra, en la seguridad de que ninguno de esos conceptos opera entre ellos como entre los demás. El problema consiste en que, en el fondo, el metalenguaje bien pudiera ser una ilusión y el joven en realidad se «disfraza» de lo que es.

ch) Finalmente, con relación al Estado, la validez de la crítica marxista al anarquismo aparece muy mermada por el hecho de que la propia actitud marxista frente al Estado es cada vez más retórica. De un lado, el marxismo dominante prosigue aunando el fortalecimiento del Estado con la oratoria en torno a su desaparición; por otro lado la muy reciente devaluación terminológica, gracias a la cual la «dictadura del proletariado» ha pasado a hacer compañía al vellocino de oro, muestra, no que haya una corriente antiestatista en el marxismo, sino, por el contrario que, de ahora en adelante, los marxistas dan por bueno todo Estado, hasta el existente. De nuevo, esta crítica, de la que ya no queda casi nada en pie, remite a un orden metalingüístico: el de la eficacia en la historia. Todos arriesgamos algo en la acción, especialmente cuando, como dice Kropotkin, «el acto es uno con la idea». Los marxistas, sin embargo, se piensan favorecidos por una complicidad de la historia: son los únicos que hablan su lenguaje, por encima de los que la padecen y, como nuevos Midas, la eficacia de su acción es independiente de su voluntad. Esta eficacia resulta ser el título legitimatorio por excelencia.

Con estas últimas observaciones no se trata de negar todo el alcance y la validez de la crítica marxista al anarquismo puesto que, en gran parte, ésta es heredada de tiempos mejores y de mayor agudeza, sino de apuntar a un vicio de formulación que socava su verosimilitud. El privilegio epistemológico (de cuya realidad originaria en el marxismo es difícil dudar) desaparece cuando se hace consciente y se utiliza, él mismo, como garantía inconfesa, pero actuante, de la argumentación. Este proceder, ocioso es ya decirlo, genera una actitud escolástica que alimenta sus convicciones con sus ilusiones. Si el marxismo ha de formular una crítica al anarquismo, tendrá que hacerlo en el lenguaje de éste; y, para ello, parece imprescindible que comience con una revisión de estado actual que le haga transparente su condición y sus posibilidades.